

# ¿TIENEN ALGO QUE DECIRNOS LAS BIENAVENTURANZAS HOY?

ADOLFO CHÉRCOLES

*Jesuita*



**A**l recibir el encargo de este artículo, sentí la imposibilidad de encerrar en cuatro páginas lo que necesito ocho días para expresar todo lo que este trocito del Evangelio me sugiere. Sin embargo, la cita que me aportabais me animó a aceptarlo: *Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa*. En efecto, este añadido a las ocho apuestas que suponen las Bienaventuranzas [Bvza], parece subrayar que, si vivenciamos esta última, hemos entendido su mensaje. Para entender lo que quiero compartir he de recordar perspectivas que iluminan su alcance.

En efecto, en la Introducción confieso mi preferencia por el término «bienaventuranza», porque abre al futuro, mientras otras opciones parecen centrarse en un presente «gozoso». Pero cualquier experiencia sin futuro, pierde alcance. (El domingo por la tarde ya no lo disfrutamos igual). Esto quiere decir que las Bvzas apuestan por que estamos llamados a ser bienaventurados se nos cruce por la vida lo que se cruce.

Por otro lado, el Evangelio no es una imposición sino una Buena Noticia, y remite a la propia percepción de la persona ante la realidad haciéndole dos grandes preguntas: ¿Qué te parece? —dirigida a la intelligen-

cia— y, *Si quieres* —dirigida a la libertad, las dos coordenadas que nos hacen personas—. Es la oferta más limpia que se ha hecho en la historia.

Por último, afirmo que cada Bvza aborda un problema que tiene toda persona, que no se queda sin respuesta —¡y no cualquiera es válida!—, y el Evangelio avisa de una trampa que lleva consigo que, si caemos en ella, imposibilitamos la fraternidad objetiva —la convivencia— culmen de la vivencia personal, único comprobante de nuestra madurez.

Pues bien, el problema que aborda la última Bvza es el de la dignidad. Ahora se habla de ella más que nunca, pero ¿en qué consiste? En realidad, es a lo que apuntan las Bvzas. ¿En qué sentido? Esto hay que explicarlo.

Por lo pronto, tanto esta Bvza como la primera posibilitan que *vuestro es el reino de los cielos* —¡en presente!—, mientras en las seis restantes todo está en futuro. Nosotros, sin embargo, hemos remitido el «reino de los cielos» a la otra vida, y los demás «logros» queremos disfrutarlos ¡ya! —estar saciados, consolados...— ¿Tiene este dato algún alcance?

Creo que sí. El problema que aborda la primera Bvza es que somos «seres necesitados» —necesitamos comer, abrigarnos...—, y su trampa, la «codicia». ¿Por qué son bienaventurados los pobres —*de espíritu*, añade Mateo—? Porque no caen en la trampa de reducirse a satisfacer unas necesidades que dan respuesta a parcialidades —todo lo importantes que queramos— que terminan por hartar, creyendo que «tanto tienes, tanto eres». El pobre —de espíritu— es el que no cae en la trampa de la codicia —cuya meta es el «consumo compulsivo»— y toma conciencia de ser una persona capaz de ponerse en juego como un todo.

En mis charlas afirmo que la vivencia de esta Bvza es descubrir que *Mayor felicidad hay en dar que en recibir* (Hech 20,35). Es pasar de la vivencia de ser un mero «ser necesitado» (infancia) —«sujeto de derechos»— a ser persona responsable —«sujeto de de-



beres»—. Es el hecho de «tener conciencia» y descubrir la «gratuidad» —no somos meros seres necesitados. Esto nos sitúa automáticamente en el «reino de Dios», en el que todos nos sentimos «hijos de Dios» y podemos vivir como «hermanos» —como personas—.

Lo mismo ocurre con la última Bvza. El problema que aborda hemos dicho que es el de la dignidad, pero la trampa sería creer que la dignidad nos la tienen que dar y nos la pueden quitar. El día en que caemos en la cuenta de que la tenemos, de que nacemos con ella —aunque tardemos en tomar conciencia de ello— por el hecho de ser personas, ese día, de nuevo, «*nuestro es el reino de Dios*», ¡en presente!

En efecto, la dignidad de la persona no depende de que me traten dignamente, sino de tenerla. El día que, por encima de «*injurias*», «*persecuciones*», «*mentiras*», estemos «*contentos y alegres*», hemos descubierto lo que es la dignidad de la persona. ¡Nadie me la da y, menos, me la puede quitar! Ahora bien, hay una consecuencia importantísima: el único que puede «*guarrearla*» soy yo mismo. Esto lo estamos constatando continuamente. Cuando apareció en la prensa mundial la foto de una soldado norteamericana en las cárceles de Bagdad tirando de un iraquí desnudo a

«cuatro patas», con un collar y una cadena, a nadie se le ocurrió decir al iraquí: «¡Qué bajo has caído!», sino a la soldado: «¡Qué guarra eres!»

Esto supuesto, los tres puntos que planteabais se aclaran:

### 1. REALIDAD DEL MUNDO DESDICHADO

«Nos quejamos más que nunca, teniendo más que nunca», suelo repetir. Nos sobra de todo, lo tiramos todo. ¿A qué se debe, pues, esta queja? Posiblemente, a que se nos ha hecho creer que sólo somos «seres necesitados» y, así, nos convertimos en insaciables.

Habría que decir que el mundo que nos rodea, más que desdichado es «insatisfecho», porque la satisfacción completa es imposible: ¡siempre podría haber sido mayor!, y no somos capaces de gozar de aquello que «llena», no de lo que necesita «ser satisfecho». Veamos por qué.

Los que me conocen saben de mi valoración y agradecimiento a Freud, no por sus teorías —no he usado ninguna—, sino por sus observaciones. Pues bien, en *Psicología de las masas y análisis del yo* afirma: «*Es*

*muy interesante observar que... las tendencias sexuales coartadas en su fin —no reducidas a ser 'consumidas'— son las que crean entre los hombres lazos más duraderos; ... mientras que las tendencias sexuales libres —reducidas al consumo— experimentan una debilitación extraordinaria por la descarga que tiene efecto cada vez que el fin sexual es alcanzado. El amor sensual está llamado a extinguirse en la satisfacción, para poder durar tiene que hallarse asociado desde un principio a componentes puramente tiernos, esto es, coartados en su fin, o experimentar en un momento dado una trasposición de este género»<sup>1</sup>.*

Sugerente observación: todo lo que se consume «se extingue en la satisfacción» y nos deja hartos, mientras «crea lazos duraderos» —da un sentido— cuando, consciente de su dimensión totalizadora, no se reduce a la mera necesidad —que exige satisfacción— y descubre su capacidad de dinamizarse como persona, la «ternura» que no se consume, sino que nos pone en juego como totalidad —¡vivencia de ser persona!—, que nos «llena» y no «harta».

El fenómeno del pasotismo surge en sociedades «hartas», que no han experimentado que lo que nos llena es lo que da respuesta a nuestra totalidad, y ésta no necesita «satisfacciones», sino ponerse en juego, darse. Somos puro don. La vida nos encontramos con ella, y lo único que le da respuesta es devolverla. Como sugiere Bruckner, somos pura «deuda»<sup>2</sup>, todo lo recibimos.

La vida nos encontramos con ella —nadie echó una solicitud para vivir—, y tardamos años en tomar conciencia de estar vivos. Pues bien, como el Evangelio sugiere, estamos llamados a ir por la vida *como el Hijo del hombre que no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos* (Mt 20,28). ¡La única manera de «dar la vida» es el «servicio»!

En efecto, sólo actuamos como personas cuando nos responsabilizamos. Kierkegaard me descubrió algo muy cotidiano y profundo: cuando alguien nos pregunta: «¿Lo dices en serio?», todos entendemos a qué nos remite, aunque no sepamos definirlo. Esto, por otro lado, no quiere decir que siempre estemos en esta actitud, pero sabemos perfectamente cuándo no

actuamos «en serio» e incluso, a veces, nos molesta que nos lo pregunten. Actuamos «en serio» cuando lo hacemos como personas —como totalidad responsable—. Cuando la seriedad no tiene cabida, terminamos en la constante insatisfacción, en el «pasotismo».

## 2. SIGNIFICADO EVANGÉLICO DE ESTA BIENAVENTURANZA

Pero ¿cuándo nos ponemos en juego como totalidad? Al actuar como personas. Freud observa que en ningún idioma se dice «Mi sexo te ama», sino «Yo te amo». Es decir, la sexualidad humana, con su capacidad totalizadora y su «plasticidad»<sup>3</sup> es la única que nos unifica para amar.

Esto nos lleva a la esencia de la fe judeo-cristiana, enmarcada en la dimensión sponsal, culminación de la sexualidad humana: *Por eso el hombre dejará a su padre y su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne* (Gn 1,24), una síntesis novedosa. Es decir, es pasar de la mera dimensión «necesitada» —de dependencia (infancia)— a la posibilidad de darse libremente, de comprometerse. Sin embargo, este logro no está asegurado porque ha de culminar en la reciprocidad gratuita y puede quedarse en un «aprovechamiento» interesado.

Pero el NT nos abre a una experiencia novedosa: el seguimiento. Jesús llama *Si quieres ser perfecto, ve, vende tus bienes, dáselo a los pobres...; después sígueme* (Mt 19,21), invitación no siempre correspondida, pero que, de darse, cambia todas las coordenadas de la persona. Es la experiencia que describe san Pablo en Filipenses 3, 7-9 — *...todo lo considero pérdida comparado con el bien supremo de conocer a Cristo Jesús, mi Señor...*, porque *por la fe en Cristo Jesús, todos sois hijos de Dios. Los que se han bautizado en Cristo, se han revestido de Cristo. Ya no hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús* (Gal 3,27-28).

¿No podemos equiparar ambos logros como la apuesta de la 1.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup> Bvzas? Ambas nos incorporan al Reino de los Cielos: los *pobres de espíritu* «todo lo consideran basura» comparado con el seguimiento, y

1. Sigmund Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo*, en *Obras Completas III*, Biblioteca Nueva, Madrid, 19733, p. 2591

2. «... fortalecer al individuo es vincularlo y no aislarlo, es enseñarle de nuevo el sentido de la deuda, es decir, de la responsabilidad... Pues el hombre occidental no necesita que lo protejan, que lo confinen en el doble recinto del hospicio y de la guardería: tiene necesidad de algún valor que lo impulse, de desafíos que lo despierten, de rivales que lo preocupen», (Paul Bruckner, *La tentación de la inocencia*, Anagrama, Barcelona, 19993, pp. 284-285).

3. Capacidad de expresar toda su fuerza totalizadora con contenidos no «genitales» -que exigen satisfacción-, sino que nos ponen en juego como *personas*.

los *perseguidos por causa de la justicia* experimentan su dignidad en ser «hijos de Dios», que rompe toda competitividad: *ya no hay judío ni griego...*

### 3. VIVENCIA DE ESTA BIENAVENTURANZA Y TRANSFORMACIÓN DE LA DESDICHA

Veamos en qué sentido el Reino de los cielos en presente —Bvzas 1.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup>— elimina toda «necesidad» y nos abre a la gratuidad. En las seis restantes, las distintas satisfacciones quedan pendientes y pasan al futuro, porque mi dignidad como persona no depende de ninguna de ellas. En efecto, no depender del «tener más o menos» nos hace tomar conciencia del valor de la persona —1.<sup>a</sup> Bvza—; el liberarse de toda valoración y rango nos hermana, rompiendo toda diferencia y competitividad —*ya no hay esclavo ni libre, hombre ni mujer...*— 8.<sup>a</sup> Bvza—. Se dan las dos condiciones para que empecemos a experimentar el Reino de Dios: la persona está por encima de cualquier cosa —tener— y su «dignidad» no depende de reconocimientos y valoraciones exteriores: reside en ella misma y nada le afecta fuera del propio comportamiento.

Es decir, el único referente es Dios y dicha pertenencia elimina toda «desdicha» posible. Es la vivencia de Romanos: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? La espada... (Rom 8,35). Es la experiencia cumbre de lo que significa libertad. Es la vivencia de que *la verdad os hará libres* (Jn 8,32). Es cuando la autonomía —que no autosuficiencia— se convierte en disponibilidad.

Y es que sólo la relación personal profunda —en *gratuidad*— nos hace personas. Sólo haciendo posible el Reino de Dios —que la persona y su dignidad cobren la primacía—, la vida humana tiene futuro solidario. Pero ¿esto es posible desde una «*orfandad existencial*» (EG 170), como define el papa Francisco el prescindir sin más de Dios? Más aún, según el Evangelio «conta-

mos con Dios» cuando nos relacionamos gratuitamente —no interesadamente—, aun sin ser conscientes. Mateo 25 es claro: la respuesta a necesidades ajenas no cae en el vacío: la recompensa es Dios mismo —*Conmigo lo hicisteis*—. La «orfandad existencial» no es objetiva sino subjetiva, y la «gratuidad» tiene su recompensa en toda persona: «llena» la propia y se «agradece» la ajena.

Para terminar, quiero aludir a la experiencia culmen del ser humano —no programable— en la que la gratuidad es la estrella —la amistad— de la mano del papa Francisco. En efecto, alude a ella en distintos contextos: el religioso —«amistad con Dios»—, referencia constante en la fe judeo-cristiana; pero lo novedoso son las otras referencias: la social —«amistad social» (EG 228)—, la política —«la opción por los pobres» debe traducirse en «*ser sus amigos*» (EG 198)—, y en la personal —citando a santo Tomás dice: *el amor conyugal es la máxima amistad* (AL 123)—.

En efecto, la amistad en la experiencia humana será siempre culminación en el contexto que se dé: elimina cualquier tipo de protagonismo, sumisión, manipulación..., convirtiendo las diferencias en oportunidades y los problemas en tareas. La amistad no es algo que se consume, sino que se vive. Pero la amistad sólo se da cuando la persona es lo único que cuenta —no depende de lo que tenga y, menos, de valoraciones—, salvando así toda diferencia y competición.

Seremos bienaventurados en la medida en que alcancemos la gratuidad plena en la relación personal desde la fe, con Dios; desde la convivencia con los demás. ¿No nos abre cada Bvza a la gratuidad? La 1.<sup>a</sup> y la 8.<sup>a</sup>, superada nuestra codicia y narcisismo, nos sitúan en el Reino, y las seis restantes, aplazando al futuro satisfacciones que nos hartarían, pero no darían respuesta a nuestra totalidad personal, puesta en juego en gratuidad. Es el reto estrella del ser humano. 